



## A mi madre

Rosalía de Castro

### I

¡Cuán tristes pasan los días!... ¡cuán breves... cuán largos son!... Cómo van unos despacio, y otros con paso veloz... Mas siempre cual vaga sombra atropellándose en pos, ninguno de cuantos fueron, un débil rastro dejó.

¡Cuán negras las nubes pasan, cuán turbio se ha vuelto el sol! ¡Era un tiempo tan hermoso!... Mas ese tiempo pasó. Hoy, como pálida luna ni da vida ni calor, ni presta aliento a las flores, ni alegría al corazón.

¡Cuán triste se ha vuelto el mundo! ¡Ah!, por do quiera que voy sólo amarguras contemplo, que infunden negro pavor, sólo llantos y gemidos que no encuentran compasión... ¡Qué triste se ha vuelto el mundo! ¡Qué triste le encuentro yo!...

¡Ay, qué profunda tristeza! ¡Ay, qué terrible dolor! ¡Tendida en la negra caja sin movimiento y sin voz, pálida como la cera que sus restos alumbró, yo he visto a la pobrecita madre de mi corazón!

Ya desde entonces no tuve quien me prestase calor, que el fuego que ella encendía aterido se apagó. Ya no tuve desde entonces una cariñosa voz que me dijese: ¡hija mía, yo soy la que te parió!

¡Ay, qué profunda tristeza! ¡Ay, qué terrible dolor!... ¡Ella ha muerto y yo estoy viva! ¡Ella ha muerto y vivo yo! Mas, ¡ay!, pájaro sin nido, poco lo alumbrará el sol, ¡y era el pecho de mi madre nido de mi corazón!

¡Ay!, cuando los hijos mueren, rosas tempranas de abril, de la madre el tierno llanto vela su eterno dormir.

Ni van solos a la tumba, ¡ay!, que el eterno sufrir de la madre, sigue al hijo a las regiones sin fin.

Mas cuando muere una madre, único amor que hay aquí;  
¡ay!, cuando una madre muere, debiera un hijo morir.

Yo tuve una dulce madre, concedíamela el cielo, más tierna que la ternura, más ángel  
que mi ángel bueno.

En su regazo amoroso, soñaba... ¡sueño quimérico! dejar esta ingrata vida al blando son  
de sus rezos.

Mas la dulce madre mía, sintió el corazón enfermo, que de ternura y dolores, ¡ay!,  
derritióse en su pecho.

Pronto las tristes campanas dieron al viento sus ecos; murióse la madre mía; sentí  
rasgarse mi seno.

La virgen de las Mercedes, estaba junto a mi lecho... Tengo otra madre en lo alto... ¡por  
eso yo no me he muerto!

Ya pasó la estación de los calores, y lleno el rostro de áspera fiereza, sobre los restos de  
las mustias flores, asoma el crudo invierno su cabeza.

Por el azul del claro firmamento tiende sus alas de color sombrío, cual en torno de un  
casto pensamiento sus alas tiende un pensamiento impío.

Y gime el bosque y el torrente brama, y la hoja seca, en lodo convertida, dale llorosa al  
céfiro a quien ama la postrera, doliente despedida.

Errantes, fugitivas, misteriosas, tienden las nubes presuroso el vuelo, no como un  
tiempo cándidas y hermosas, sí llenas de amargura y desconsuelo.

Más allá... más allá... siempre adelante prosiguen sin descanso su carrera; bañado en  
llanto el pálido semblante, con que riegan el bosque y la pradera.

Que enojada la mar donde se miran y oscurecido el sol que las amó, sólo saben decir  
cuando suspiran: Todo para nosotras acabó.

Suelto el ropaje y la melena al viento, cual se agrupan en torno de la luna... locas en  
incesante movimiento, remedan el vaivén de la fortuna.

Pasan, vuelven y corren desatadas, hijas del aire en forma caprichosa, al viento de la  
noche abandonadas en la profunda oscuridad medrosa.

Tal en mi triste corazón inquietas, mis locas esperanzas se agitaron, y a un débil hilo de  
placer sujetas, locas... locas también se quebrantaron.

Ya toda luz se oscureció en el cielo, cubriéronse de luto las estrellas, y de luto también  
se cubrió el suelo, entre risas, gemidos y querellas.

Todo en profunda noche adormecido, sólo el rumor del huracán se siente y se parece su  
áspero silbido al silbido feroz de una serpiente.

¡Cuán tenebrosa noche se prepara!... Mas al abrigo de amoroso techo, grato es pensar  
que la hórrida tormenta no ha de agitar la colcha de mi lecho.

Mas... ¿qué estridente y mágico alarido la ronca voz de la tormenta trae? Triste... vago...  
constante y dolorido, cual fuego ardiente, en mis entrañas cae.

Cae, y ahuyenta de mi lecho el sueño... ¡Ah! ¿Cómo he de dormir...? locura fuera, fuera  
locura y temerario empeño que con gemidos tales me durmiera.

¡Ah! ¿Cómo he de dormir? ese lamento, ese grito de angustia que percibo, esa expresión  
de amargo sufrimiento no pertenece al mundo en que yo vivo.

¿Y yo tranquila, he de gozar en tanto de blando sueño y lecho cariñoso, mientras herida de mortal espanto moras en el profundo tenebroso?

¿Llegará a tanto el insensible olvido?...

¿La ingratitud del hombre a tanto alcanza, que entre uno y otro lazo desunido ceda siempre al vaivén de la mudanza?

¡Odioso y torpe proceder de un hijo, a quien la dulce madre en su agonía, con besos y caricias le bendijo olvidando el dolor por que moría!

Nunca permita Dios que yo te olvide, mi santa, mi amorosa compañera: ¡Nunca permita Dios que yo te olvide aunque por tanto recordarte muera!

Venga hacia mí tu imagen tan amada y hábleme al alma en su lenguaje mudo ya en la serena noche y reposada, ya en la que es parto del invierno crudo.

Y que en tu aislado apartamento fiero, tan ajeno del hombre y su locura, velen, mi llanto y mi dolor primero, al lado de tu humilde sepultura.

De gemidos quejumbrosos, de suspiros lastimeros, vago suena en el espacio melancólico concierto... Son las campanas que tocan... ¡Tocan por los que murieron! Plañidero el metal vibra, las regiones recorriendo de los valles solitarios, de los tristes cementerios, y también allá en la hondura de las almas sin consuelo. ¡Vasto páramo es la mía, como abrasado desierto, como mar que no se acaba, y en ella un sepulcro tengo más profundo que un abismo, más ancho que el firmamento, y al eco de las campanas que en él se va repitiendo, los esqueletos se rompen, de mis pálidos recuerdos!

¿Será cierto que pasaron, y para siempre murieron? ¿Es verdad que cuanto toco, cuanto miro y cuanto quiero todo ilusión me parece, todo me parece un cuento?... Y que tuve un tiempo madre y que ora ya no la tengo... También un sueño parece, ¡pero qué terrible sueño!

Ayer en sueños te vi... Que triste cosa es soñar, y que triste es despertar de un triste sueño... ¡ay de mí!

Te vi... la triste mirada, lánguida hacia mí volvías, bañada en lágrimas frías, hijas de la tumba helada.

Y parece que al mirarme, con tu mirada serena, todo el raudal de mi pena se alzaba para matarme.

Y también me parecía que tu acento desolado, llegando hasta mí pausado: «¡Ya estoy muerta!», repetía.

Y al repetirlo, gimiendo el eco en el hondo abismo de mi pecho, iba así mismo «¡ya estoy muerta!», repitiendo.

Y qué terror... qué quebranto aquel eco me causaba... Llegué a pensar que me hallaba, en la región del espanto.

Y aunque era mi madre aquélla, que en sueños a ver tornaba, ni yo amante la buscaba, ni me acariciaba ella.

Allí estaba sola y triste, con su enlutado vestido, diciendo con manso ruido: «Te he perdido y me perdiste»

Y llorábamos... ¡qué horror! Llorábamos de tal suerte; ella lágrimas de muerte, yo lágrimas de dolor.

Todo en hosco apartamento, como si una extraña fuera, o cual si herirme pudiera, con el soplo de su aliento.

Y es que el sepulcro insondable, con sus vapores infectos, mediaba entre ambos afectos, de un origen entrañable.

Aun en sueños, tan sombría, la contemplé en su ternura, que el alma con saña dura, la amaba y la repelía.

¡A la dulce, a la sin par madre que me llevó el cielo!

¡Ah! ¡Qué amargo desconsuelo debe su tumba llenar!

¡Aquella a quien dio la vida, tener miedo de su sombra! ¡Es ingratitud que asombra, la que en el hombre se anida!

Mas tú que tanto has amado, tú que tanto has padecido, tú que nunca has ofendido, y que siempre has perdonado,

a la que nació en tu seno sé que no guardas rencores; tú toda mieles y amores, aun de la tumba en el cieno.

Ruega, ruega a Dios por mí, desde tu lecho de espinas, por donde al cielo caminas al alejarte de aquí.

Y cuando al Dios de ternura, llegues de gracia cubierta,

dile no cierre su puerta a esta humilde criatura,

porque en santa paz unidas, donde no hay penas ni olvido, gocemos en blando nido, las glorias desconocidas.

Como en un tiempo dichoso fui al campo por la mañana, que estaba hermosa y risueña, que fresca y galana estaba; fuime al romper de la aurora, cuando tocaban al alba, cuando aún los hombres dormían y los jilgueros cantaban, saltando de rosa en rosa, volando de rama en rama.

Con su murmurio apacible, solita la fuente estaba, bajo el castaño frondoso que tiernamente la guarda. Y estaba la verde yerba toda cubierta de escarcha. Las tenues lejanas nieblas, cual vaporosos fantasmas, vagaban tristes y errantes sobre las altas montañas.

El lejano campanario sobre las nieblas se alzaba, con sus graciosos festones, con su armoniosa campana. Y en torno al humilde templo, bajo su sombra guardadas, veíanse humildes chozas, aun más que la nieve blancas.

¡Cuánta pureza en la atmósfera! ¡Cuánta dulcísima calma, del cielo azul descendiendo, en torno se respiraba! Mas yo vestida de luto y aun más enlutada el alma, bajo las ramas del bosque bajo las ramas paseaba,

soñando en sueños de muerte

que nos rasgan las entrañas.

Paseaba yo silenciosa,

paseaba yo solitaria,

mientras las aguas del río

camino del mar rodaban.

En vano, en vano buscando

al ángel de mi esperanza

que con sus alas ligeras,

hacia los cielos tornara.

¡Pobre ángel! pobre ángel mío...

¡Cuánto en la tierra te amaba!

¡Mas cómo no amarte cuando

tus alas me cobijaban,

si fueron ellas mi cuna,

la cuna en que me arrullabas.

Si fueron mi dulce aliento

y el paño, ay, Dios, de mis lágrimas!

Hora corren hilo a hilo.

Hora mis mejillas bañan,

bañan la tierra que piso  
y en su amargura me empapan,  
mas nadie viene, ángel mío,  
¡ay!, nadie viene a enjugarlas.

.....

Ya el sol bañaba las cumbres de las risueñas montañas, ya disiparan las nieblas, las brisas de la mañana; ya despertaran los hombres, ya no tocaban al alba, cuando torné de los campos, paso tras paso a mi casa. Dejéjala silenciosa cuando salí a la mañana, y silenciosa a mi vuelta, más que las tumbas estaba. En la solitaria puerta no hay nadie... ¡nadie me aguarda! ni el menor paso se siente en las desiertas estancias. Mas hay un lugar vacío tras la cerrada ventana, y un enlutado vestido que cual desgajada rama pende en la muda pared cubierto de blancas gasas. No está mi casa desierta, no está desierta mi estancia... Madre mía... madre mía,

¡ay!, la que yo tanto amaba, que aunque no estás a mi lado y aunque tu voz no me llama, tu sombra sí, sí... tu sombra, ¡tu sombra siempre me aguarda!

Muchos lloran y lloran y se quejan, y entre quejas y llantos y suspiros, que hijos son del dolor, la ruda fuerza del dolor mitigan, cantando al son de lira cariñosa con plañidera voz. Yo ni lloro, ni canto, ni me quejo, mas en mi seno recogida guardo la hiel del corazón; y por eso, vivir, vivo muriendo, que sentir nadie sin morir pudiera, ¡ay, lo que siento yo!

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)